

// // // // //
TRANS
DUCTO
RES // //
// // // //

Pedagogías colectivas y políticas de participación: retos/fricciones/complejidades¹

[Javier Rodrigo](#) (Transductores)

Este texto es un pequeño resumen de algunos aspectos que explicamos dentro del marco de la Plataforma DSP – La Virreina Centro de la Imagen en la jornada del 20 de abril bajo el título de “Prácticas participativas en redes creativas”. En esta ocasión nos gustaría resaltar algunos aspectos de reflexión de las prácticas, discursos, conversaciones y experiencias en las que estamos sumergidos últimamente sobre las tensiones de las políticas de colaboración. En sucesivas ocasiones, como Transductores, hemos explicado nuestros posicionamientos de las pedagogías colectivas como sistemas orgánicos, y por lo tanto como espacios de generación de pedagogías en red. En otras ocasiones también hemos hablado y desarrollado prácticas de investigación situadas y colaborativa, donde hacíamos hincapié en la necesidad de redimensionar las políticas de colaboración.

En este aspecto además hemos querido pensar siempre y experimentar con otros modos de narración y representación de las prácticas colectivas, que nos dieran paso a repensar nos y pensar las políticas y complejidades de las redes invisibles, de la materia oscura y de las infrapolíticas en las que se desarrollan y cultivan los procesos colectivos. De ahí sobre todo destacamos procesos como los de la plataforma redes instituyentes y mapas desarrollados con entidades o colectivos como [ColaBorabora](#), [Tejiendo Redes](#), [Esto es una Plaza](#). Experimentos de narrarnos de otras formas, y de cruzar la investigación con practicas situadas como una política de colaboración abierta, radicalmente situada y pro-activa. Es decir una investigación que generara herramientas para los colectivos.

En este pequeño texto nos detendremos en tres fricciones y sus potenciales de las practicas colaborativas, que nos resultan sumamente importantes. Son dos tensiones que rescatamos a partir de cruzar marcos diversos de pedagogías feministas, de la economía feminista, de trabajo sobre lo común, de investigaciones sobre pedagogía artística y nueva institucionalidad, y por supuesto de los marcos de la educación

¹ Texto compuesto para el blog de la plataforma PDF de la Virreina: <http://plataformadsp.org/ii-jornadas-de-documental-social-participativo/>. Vídeo en VIMEO: <https://vimeo.com/215202277> (min 14 aprox)

popular y las nuevas formas de generar sujetos políticos colectivos.

1. Tensión entre lo productivo y lo reproductivo.

¿Nos cuidamos en colectivo, o producimos sin tener cuidado(s)?

Desde hace ya unos cuantos años, los feminismos y el trabajo desde prácticas situadas nos ha mostrado que la producción colectiva y la transformación política se juega también en los modos de distribución de tareas, trabajos, y modos de sostener la vida. Desde la famosa pancarta del 15M de Madrid de “La Revolución será feminista o no será”, pasando por la cada vez más famosa reflexión sobre los cuidados, entendemos que cualquier práctica colectiva con un vector de transformación social debe intervenir no sólo en una exterioridad o institución sobre la que transformarla (un centro de arte, una escuela), si no al tiempo también debe recorrer ese camino transformando los modos y prácticas en que lo reproductivo se sostiene en el mismo colectivo. Es decir la transformación institucional está cruzada profunda y políticamente por el trabajo de los cuidados. De este modos hackeamos el eslogan feminista con cierta licencia poética “Las revoluciones serán desde los cuidados o no serán”. En este sentido cabe hacer un parón y permitirse plantearse la pregunta clave de los cuidados: ¿quién cuida en las instituciones?, ¿desde qué posiciones?, ¿Con qué distribución de tareas?, ¿Qué relaciones de poder ocultan los cuidados?, .. etc.. Por decirlo de otra forma mas contundente, la pregunta clave sería “¿Quién limpia los retretes en esta institución/espacio?”

En las practicas pedagógicas y de cultura en red, muchas veces estos temas políticos permanecen al margen. Son tareas abyectas o poco glamurosas, que no se ven, que no cuentan, que no marcan “impacto”, y que desgraciadamente recaen siempre en sujetos femeninos. Lo reproductivo no queda bien, no luce en el escaparate de las practicas artistas y queda relegado en un segundo plano. Sin embargo ya como muchas autoras están destacando, los cuidados suponen una retaguardia de la revolución, un espacio invisible de cultivo de otras relaciones. De hecho son la parte del iceberg de los procesos colectivos que no vemos, la materia oscura, sucia, de la que parece que nadie quiera hablar. En este sentido hablar de los cuidados no supone solamente visibilizarlos, o dar reconocimientos a las personas que los desarrolla, algo muy importante como primer paso estratégico de dignificación. Tampoco suponen conciliar las instituciones culturales con los tiempos de reproducción o los proyectos,

de modo que ahora tengamos guarderías para las familias que consumen cultura, o cooperativas que realizan la limpieza, mientras las estructuras institucionales se perpetúan. El reto más interesante surgiría de entender que poner la vida al centro supone desplazar la economía política de las prácticas colectivas en cultura, y por lo tanto ser capaces de generar otras instituciones no patriarcales, productivistas y hetero-normativas. Y en estas instituciones, también caben otras formas de organización política o colectiva: prácticas educativas, culturales, espacios independientes, es una tensión que está presente en toda realidad social...

Reorganizar las practicas de cultura y trabajo colectivo situándolas en esta tensión nos podría ayudar a generar otros vectores de cambio político y entender que las condiciones de vulnerabilidad e interdependencia nos cruzan a todas las personas. Estos vectores nos sitúan en otros modos de vislumbrar, organizar y trabajar juntxs, de buscar otros modelos epresentacionales. Al tiempo esto supone situar otros relatos de cómo estas retaguardias generan comunes, tramas de saberes y modos de organización comunal, de acervos culturales, que han sido velados, salvaguardados, trasmitidos y cuidados por comunidades diversas.

2. Tensión en los modos de situarse y trabajar con los otros

¿Imponer y representar al otro o habitar espacios?

Otra tensión que ya hemos analizado en alguna ocasión tiene que ver con los modos de generar relaciones y redes con diversas personas. En las prácticas artísticas ya se ha criticado y reflexionado al respecto del peligro de las artes comunitarias o colaborativas cuando muchas veces actúan como instrumentalizaciones y parches sociales de las instituciones culturales. La tensión sobre generar una relación ética con los otros, y poder repensar en como construir un nosotros más abiertos es clave. Si queremos dejar atrás una relación más mesiánica, paternalista o salvífica del otro, y entendemos el riesgo de entrar en las turbias aguas del trabajo colectivo, no podemos dejar de atravesarnos en como construir relaciones con los otros, no para captarles, sino trabajar conjuntamente para genera algún espacio común. Esto no quiere decir una sola voz o una única comunidad. Se trata de construir un marco de acogida donde la diferencia se pueda mantener y se tejan ensamblajes y prácticas plurales. En este sentido la pedagogía moralista , que nos indica lo que es bueno y malo, que genera que la persona sea la causa de todos sus males, nos imponen siempre una marca patriarcal: el otro es una persona sin miedos, sin dudas, sin interdependencias, sin que tenga que sostener cuidados o ser cuidada. En este sentido la pregunta de la colaboración y la pedagogía colectiva se deslaza sobre el eje de cómo entrar a relacionarme con el otro para obtener un beneficio o cambio, a cómo generar condiciones de acogida, de relación que no estén demarcadas de antemano o presupongan saberes mayores y menores, centrales y marginados. Como vemos, no se trataría tanto de dirimir sobre unos y los otros, sino más bien de tejer prácticas y saberes híbridos, entre medias (ni unos ni otros). Supone poder habitar y coexistir en espacios comunes, diseñarlos entre todxs, con diversas herramientas, útiles y modos, y siempre como estructuras situadas pero no estables, sabiendo ocupar espacios, pero también desocuparlos... para también generar vacíos, desplazarnos del centro ...

y con ello entramos en otra tensión ...

3. Tensión de la pedagogía del ágora.

¿Dar la voz e o (des)ocupar (des)componer con nuestros cuerpos?

Una de las últimas tensiones que queremos señalar en este texto, tiene que ver con los modos en que podemos habitar, ocupar y desocupar los espacios colectivos que diseñamos. Si bien es cierto que el paradigma de habitar supone un cambio a la noción de gobierno, un quiebro a la representación y las políticas de la asamblea, este cambio no garantiza revoluciones invisibles, sino somos capaces de desaprender nuestros privilegios. La hegemonía de la pedagogía del habla, de la política de la voz es una condición de las políticas colectivas : muchas veces el trabajo colectivo lo convertimos o reducimos al trabajo de ocupar un espacio democrático. Este espacio comunemente viene a ser representado por el ágora, la plaza. Una metáfora donde se reproducen los vicios del parlamentarismo y la representación política. En estos escenarios lo que activamos constantemente son pedagogías del diálogo patriarcales. Modos de relaciones que se basan en el habla-centrismo, en la asamblea-centrismo, el adulto-centrismo o, como hace poco escuché, el ocular-centrismo. En situaciones de trabajo colectivo casi nunca pensamos en las estructuras y las condiciones donde generamos las situaciones de trabajo y de relacionarnos: el que mejor habla, el que mejor argumenta, el que mantiene más privilegios de actividad comunicativa, en el que recaen menos cuidados o tiene más tiempo libre... Normalmente ese sujeto puede ejercer más privilegios y derechos en una asamblea, en este fallido círculo democrático.

El reto reside en pensar en otros modos de relacionarse, de romper estos espacios, de generar situaciones de contacto, de roces, de usos con los cuerpos puede ayudar desplazar estos centros: porque no se trata solo de generar espacios y habitarlos, co-habitarlos y pensar en modos de acogida. Se trata también de saber desocupar la voz, la deliberación argumentativa, de quitarse del centro, de dejar que haya más voces, más cuerpos. Asumir más contradicciones que nos desplacen de nuestros centros es un aprendizaje muy profundo. Necesitamos más espacios de políticas blandas. Es decir políticas que no se marquen por la voz, por la ideología o el modo de carnet de partido, sino más bien por formas porosas de construir cosas juntas, de cuidar algo, y de dejar espacios vacíos para que otros cuerpos, otros lenguajes, otras voces y también otros silencios, entren en los espacios. Cuerpos, voces, espacios inesperados, diferentes a los nuestros. Por ello sería interesante abandonar el escenario del parlamento, de la plaza, como la condición material donde pensamos y generamos

políticas colectivas. Desplazar este escenario para pensar en otras imágenes como un huerto comunitario, donde la gente se organiza para cuidar y tejer vida , donde se cuida a un tercero común o entre varios, y no caen en un dialogo entre dos; otra imagen que nos viene a la cabeza es un espacio de cocrianza: donde la gente se organiza para mantener los cuidados entre todas a partir de relaciones de interdependencia, no de autonomía patriarcal, sino más bien de vulnerabilidad, con cuerpos colectivos y cuidados, con “cuerpos criaturas” que se escapan a los movimientos y lógicas normativas y adulto-céntricas. Pensar otros modos de habitar, componer, ocupar y desocupar el trabajo comunal es clave para pensar en como podemos sostener nuestras vidas.